

# La dimensión afectiva de la fe, según *Llama de Amor Viva* de San Juan de la Cruz<sup>1</sup>

ESPERANZA SANABRIA CHAMIZO  
(Málaga)

San Juan de la Cruz expresa, mediante el símbolo de la *llama*, la luz y el calor que siente el alma en la experiencia de unión con Dios, en la que el alma transforma su vida en vida de Dios y es el más perfecto grado de amor a que en esta vida de puede llegar<sup>2</sup>.

El sentimiento amoroso brota del corazón y empuja al abrazo, a la unidad. Sentir que Dios es una realidad íntima es hacer de la fe una realidad vivencial. Si amamos a Dios por encima de todas las cosas, conseguiremos esa anhelada felicidad que perseguimos en todos los actos de nuestra vida.

La *llama* representa al Espíritu Santo que vive en el alma transformada en amor. Al vivir el Espíritu de Dios en el alma, es Dios mismo el que mueve los actos, porque están la voluntad y el apetito tan hechos uno con Dios<sup>3</sup> que tiene por su gloria el hecho de cumplir todo lo que Dios quiere. El alma llena de Dios y siendo ya de Dios y siendo Dios por participación, es un alma inflamada, un alma a punto de estallar de gozo, de desfallecer de amor. Paredes descri-

<sup>1</sup> Las referencias a *Llama de Amor Viva* se citan: L. La edición usada para *Llama*, ha sido la de *Vida y Obras de San Juan de la Cruz* (ed. Lucinio del SS. Sacramento), La Editorial Católica, 3.<sup>a</sup> ed., Madrid 1955.

<sup>2</sup> Cf. L, prólogo, n. 3.

<sup>3</sup> Cf. L 1,3.

be así la dimensión afectiva de la fe: «*Para San Juan de la Cruz, esta participación de la afectividad es algo así como la gozosa culminación de quien se ha dejado conducir por el Espíritu en su caminar evangélico... La fe, cuando es viva y profunda, incide sobre la dimensión afectiva de la persona y la transforma*»<sup>4</sup>.

El estudio<sup>5</sup> del que extraemos un esbozo en este artículo quiere poner de manifiesto la importancia que tienen los sentimientos<sup>6</sup> en la vida del creyente, de todo creyente, ya que no son precisas singulares experiencias místicas para tener conciencia de la inhabitación de Dios Trino, que nos infunde su propia Vida desde el Bautismo, en el que recibimos gratuitamente el Espíritu Santo. Ese mismo Espíritu Santo que une, en el más íntimo y perfecto Amor, al Padre con el Hijo. Por la fe, vamos respondiendo a la iniciativa divina del Amor en la medida en que permitimos a Dios que transforme nuestro corazón para que seamos capaces de amarle a Él y en Él a nuestros hermanos.

La riqueza expresiva del poema *Llama de amor viva* refleja todo el caudal afectivo que San Juan de la Cruz extrae de la experiencia de unión del alma con Dios. Una vez purificado el afecto, la fuerza del amor divino, representado bajo el símbolo de la *llama*, es capaz de dilatar la voluntad humana, que es algo vivo, dinámico y libre, por lo que puede moverse o tender a Dios. La simbología afectiva del poema irradia un conocimiento de fe experiencial<sup>7</sup> y profundamente amoroso.

<sup>4</sup> PAREDES, J. A., *¿Dónde está nuestro Dios? Diálogo del creyente con la cultura de hoy*, San Pablo, Madrid 1996, p. 46.

<sup>5</sup> El estudio completo se puede consultar en la Biblioteca del Instituto Superior de Ciencias Religiosas «San Pablo» de la Diócesis de Málaga, bajo el título *La dimensión afectiva de la fe, según Llama de Amor Viva de San Juan de la Cruz*. Tesina para la licenciatura de Esperanza Sanabria Chamizo, Málaga 2002.

<sup>6</sup> Mientras preparamos este artículo se ha presentado la primera encíclica de Benedicto XVI, que reflexiona sobre la importancia de los sentimientos en el amor a Dios y al prójimo. Véanse los nn. 17-18.

<sup>7</sup> Cf. JIMÉNEZ DUQUE, B., «Experiencia y Teología»: *Actas del Congreso Internacional Sanjuanista*, Ávila 1991. Junta de Castilla y León, Valladolid 1993, vol. III. 155-176.

## 1. LA NUEVA PERSPECTIVA Y RELEVANCIA CIENTÍFICA DE LA AFECTIVIDAD

El papel atribuido a los sentimientos y a las emociones a lo largo de la historia ha variado cualitativamente. Desde que Platón atribuyera a las pasiones el símil del caballo desbocado, frente al intelecto que sería quien maneja las riendas, las emociones han sido consideradas algo instintivo y, por lo tanto, contrarias a la razón.

Fue Descartes el que colocó otro hito histórico en este sentido, con su postulado de la supremacía de la razón como fundamento de la existencia humana. En otras épocas históricas, en concreto durante el Romanticismo, la balanza se inclinó hacia el otro extremo y se primaban y exaltaban todas las actitudes que afloraran libre y espontáneamente de las experiencias emocionales.

En la actualidad, diversas disciplinas científicas han sabido armonizar *emoción* y *razón*, *cognición* y *afectividad* o, lo que es lo mismo, la función de la *cabeza* y del *corazón*, que en Psicología se aúnan en la función de la mente pues, en el modo de procesar el cerebro la información que recibe, intervienen tanto las capacidades cognitivas como las afectivas.

En el terreno de la filosofía, Marina<sup>8</sup> describe la *ultramodernidad*, ante todo, como un estilo de pensar que considera que la inteligencia es fundamentalmente creadora, e intenta unificar sus creaciones en una poética de la acción. Las capacidades de la inteligencia son más variadas de lo que pensábamos y exceden al mero conocimiento. Su función primordial es dirigir la conducta para salir bien parados de la situación en que nos encontremos, que siempre es inestable y conflictiva. Para ello, aprovecha el conocimiento, evalúa sentimentalmente, plantea problemas, descubre nuevos valores y actúa.

La razón no debe postularse como razón *absoluta* sino, más bien según propone Ortega<sup>9</sup>, como razón *vital*, que es un saber para

<sup>8</sup> Cf. MARINA, J. A., *Crónicas de la ultramodernidad*, Anagrama, Barcelona 2000, pp. 10-11.

<sup>9</sup> Cf. ORTEGA Y GASSET, J., *Historia como sistema*, Espasa Calpe, Madrid 1971, p. 63.

vivir; con lo que Ortega reconoce la validez del paradigma holográfico que sitúa la realidad humana en su complejidad, evitando la dictadura de una de sus dimensiones.

En el ámbito científico, Gardner<sup>10</sup> fue el promotor del llamado *Programa Spectrum*, cuya función fundamental había sido demostrar experimentalmente que los hasta entonces considerados puntos de referencia básicos de la inteligencia, como la capacidad verbal y la aptitud lógico-matemática, no garantizaban el éxito en otras situaciones humanas, fuera del sector estrictamente académico. Gardner consideró que había otros tipos de habilidades y advirtió que existían, al menos, otras siete variables de inteligencia que no habían sido tenidas en cuenta hasta el momento, por lo que postuló dos términos que las englobaran a todas: la inteligencia interpersonal y la inteligencia intrapersonal. Esta última nos permite conectar sin distorsiones con nuestros sentimientos, a fin de conducir correctamente nuestras vidas en función de tal conocimiento.

Peter Salovey y John Mayer<sup>11</sup> en 1990 acuñaron la noción *inteligencia emocional*, que pone de relieve la importancia de los sentimientos y emociones en la vida humana, en tanto que condicionan o generan determinados estados en la persona, hasta el extremo de constituir un programa más allá del ámbito de lo racional. La fuerza del mundo emocional como una nueva inteligencia no tardó en encontrar un apoyo científico desde el ámbito de la neurobiología.

## 2. LA DIMENSIÓN EFECTIVA DE LA FE EN LA TEOLOGÍA

La fe es irreductible a cualquiera de sus diversas dimensiones, ya sea la intelectual, ya sea la práctica, ya sea la afectiva<sup>12</sup>. En realidad, no hay por qué separar estas dimensiones de la fe. A lo largo de la historia, la Iglesia se ha preocupado de evitar las reduc-

<sup>10</sup> Cf. CAMPOS HERRERO, J., *Inteligencia emocional. Sus capacitaciones más humanas*, San Pablo, Madrid 2001, pp. 11-13.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 14.

<sup>12</sup> Cf. SCHILLEBEECKX, E., *Interpretación de la fe*, Sígueme, Salamanca 1973, p. 21; KASPER, W., *Introducción a la fe*, Sígueme, Salamanca 1982, p.89.

ciones tanto *racionalistas* como *fideístas*. Los documentos doctrinales del Magisterio han rebatido las citadas posturas ante la fe, porque no responden a la concepción cristiana de la misma.

Por un lado, el *racionalismo*, que exalta la razón, hasta el punto de presentarla como única fuente del conocimiento humano, se opone a la Revelación sobrenatural de Dios. En el lado opuesto se encuentran el *fideísmo* —la única justificación de la fe es la fe misma— y el *tradicionalismo absoluto* —la única justificación de la Revelación es la Revelación misma, que llega a nosotros por vía de tradición—.

Entre estos dos extremos, la Iglesia ha defendido siempre tanto la capacidad de la razón humana para conocer con certeza la existencia de Dios, como el hecho de la Revelación sobrenatural, cuyos contenidos superan toda comprensión racional.

El concilio Vaticano II consideró que, sin prescindir del aspecto intelectual de la fe, el aspecto central de la misma es la entrega libre y total de la persona a Dios<sup>13</sup>.

Congar propone dos aspectos de la fe, el noético y el dinámico, que no pueden ser disociados<sup>14</sup>. Por lo tanto, no se debe someter a la fe a un reduccionismo infructuoso. Por un lado, es preciso razonar<sup>15</sup> sobre las verdades de fe, porque, como dice Welte: «*Con la fuerza de su razón el hombre correaliza el acontecimiento en el que es agraciado por Dios con la palabra y el espíritu de la fe*»<sup>16</sup>. Mas no es posible mantenerse en el terreno de la razón, es preciso dar el salto a la fe. Una fe enraizada en la vida que exige el dinamismo de la acción como aval de su autenticidad. En palabras de Kasper, «*En realidad, la fe no existe más que como acto del hombre creyente. La fe no existe más que donde un hombre se arriesga a la verdad del anuncio del reino de Dios y, sólo donde acontece esto, el reino ha llegado de un modo concreto a la historia. Y del mismo modo, la*

<sup>13</sup> Cf. *Gaudium et Spes*, n. 1.

<sup>14</sup> Cf. CONGAR, Y., *La fe y la teología*, Herder, 3ª ed., Barcelona 1981, p. 109.

<sup>15</sup> Sobre las relaciones fe/razón, véase, entre otros, CHENÚ, B., *La fe en la inteligencia*, Estela, Barcelona 1966; WELTE, B., *¿Qué es creer?*, Herder, Barcelona 1984; JUAN PABLO II, *Fides et ratio*, 1998.

<sup>16</sup> WELTE, B., *o.c.*, p. 15.

*verdad de la fe sólo puede ser experimentada en el compromiso personal, en el acto de fe»*<sup>17</sup>.

La fe se instaure en la voluntad humana, por lo que Congar afirma que *«El asentimiento proviene todo él de la voluntad: por firme que sea, no pone un término a la «cogitatio», investigación, curiosidad no inquieta pero insatisfecha... En la fe, la adhesión del espíritu se decide mediante el compromiso del hombre vivo, en busca de su bien total y reconociendo a éste en lo que le ofrece y promete la Palabra»*<sup>18</sup>.

La fe no proviene del conocimiento alcanzado por la razón sino *«por la acción iluminadora del don de Dios que se inscribe en el corazón del hombre como orientación fundamental vivida»*<sup>19</sup>. Por eso, el amor de Dios nos llama y nosotros confiamos en él, tal como nos recuerda otro autor<sup>20</sup>. La consecuencia es que la fe cristiana, como signo anticipatorio de la salvación escatológica, conlleva alegría<sup>21</sup>.

La posesión sentimental de la realidad<sup>22</sup> aplicada a la fe, nos lleva a descubrir la fuerza y el impulso que proporcionan los sentimientos; no ya los puramente naturales sino los que han sido enaltecidos por el Espíritu Santo. De ahí la fuerza y el valor del creyente; como escribe Ebeling, *«Hay otra palabra para designar espíritu respecto de la fuerza que determina el corazón, lo mueve e integra su vida: es la palabra valor, ánimo»*<sup>23</sup>.

Con este panorama de vida en plenitud por el Espíritu, de vida eterna, la persona llega a la reflexión de que, por la fe, se reconoce que Dios está en el futuro y por eso no teme ni evita la muerte<sup>24</sup>. Pero para esto, *«la fe cristiana ha de crecer más en profundidad que*

<sup>17</sup> KASPER, W., *Introducción a la fe*, Sígueme, Salamanca 1982, p. 89.

<sup>18</sup> CONGAR, Y., *o.c.*, p.113.

<sup>19</sup> PIE Y NINOT, S., *Tratado de Teología Fundamental*, Secretariado Trinitario, 3.<sup>a</sup> ed., Salamanca 1996, p. 112.

<sup>20</sup> Cf. HASENHÜTTL, G., *Fe y existencia*, Estela, Barcelona 1971, p. 268.

<sup>21</sup> Cf. KASPER, W., *o.c.*, p. 151.

<sup>22</sup> Cf. LAÍN ENTRALGO, P., *Idea del hombre*, Círculo de Lectores, Galaxia Gutenberg, Barcelona 1996, p. 171.

<sup>23</sup> EBELING, G., *La esencia de la fe cristiana*, Fontella-Marova, Madrid-Barcelona 1974, p. 118.

<sup>24</sup> *Ibíd.*, p. 211.

*en extensión, ha de vivir más consciente a partir de su centro, ese centro que abarca todo, y sólo de este modo evitará el convertirse en algo vacío y sin sustancia»<sup>25</sup>.*

Desde un punto de vista antropológico, la más genuina autorrealización humana<sup>26</sup> se consigue mediante la entrega radical al otro, por amor. El ser humano, al amar al prójimo, tiene de manera implícita experiencia de Dios, porque está llevado por la gracia del Espíritu Santo.

Desde el punto de vista de la fenomenología de la religión, la experiencia de Dios no es otra cosa que una forma peculiar de experiencia de la fe; la encarnación del reconocimiento de su Presencia misteriosa en las diferentes facultades de la persona y en las distintas situaciones de la vida; su *vivenciación* en la conciencia, en la voluntad y en el sentimiento de cada persona.

La fe requiere experiencia y es ella misma experiencia. Cada acto de experiencia de Dios comporta amor y conocimiento, porque lo afectado por la Presencia de Dios es la sustancia del alma, su centro más profundo.

Para San Juan de la Cruz, el amor es el principio fundamental del conocimiento humano<sup>27</sup>. La existencia de una amplia gama de sentimientos que acompañan a las distintas formas de experiencia de Dios es un hecho que no deja lugar a dudas. San Juan de la Cruz, en el más perfecto resumen de tales sentimientos escribe la *Llama de amor viva*<sup>28</sup>.

A pesar de la siempre necesaria purificación de los elementos negativos de la experiencia emocional, es posible que los sentimientos que acompañan la experiencia religiosa no sean más que la repercusión afectiva de la originalidad del amor de Dios. Así, la alegría que acompaña a la experiencia de Dios se distingue de la que procura la posesión de bienes materiales o la mera satisfacción de deseos, por el carácter inmotivado de la misma.

<sup>25</sup> KASPER, W., *o.c.*, p. 215.

<sup>26</sup> Cf. RAHNER, K., *Curso fundamental sobre la fe*, Herder, 3ªed., Barcelona 1984, p. 523.

<sup>27</sup> Cf. *Cántico Espiritual*, prólogo, n. 3.

<sup>28</sup> Cf. MARTÍN VELASCO, J., *La experiencia cristiana de Dios*, Trotta, Madrid 1995, p. 54.

A lo largo de toda descripción de experiencia de Dios, el análisis de los sentimientos que la acompañan remite más allá de ellos mismos, a la actitud, es decir, a la opción fundamental que los suscita y a la Presencia a la que dicha actitud obedece. Inscritos así los sentimientos en el conjunto de la experiencia, no se produce contraposición entre pensamiento y voluntad, como pretendía la teología romántica de Schleiermacher<sup>29</sup>. La fe, se convierte en sabiduría capaz de conformar la propia voluntad con la voluntad divina, siguiendo el ejemplo de Dios encarnado, de Jesucristo.

### 2.1. *La teología afectiva*

La importancia de la afectividad como dimensión antropológica de la fe ha sido puesta de relieve por Ch. A. Bernard en un estudio sugerente titulado *Teologia affettiva*<sup>30</sup>.

En Cristo, dice Bernard, Dios asume un corazón humano, con lo que la dimensión afectiva de la persona se eleva a la esfera divina. El designio salvífico divino comporta una participación de la vida divina, a la que corresponde un orden afectivo específico. El Espíritu Santo actúa continuamente por medio de la inspiración, si bien, lo hace respetando la libertad humana. Todo ello contribuye a crear una atmósfera afectiva compleja.

Desde el punto de vista teológico, la unión con Cristo se articula según las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. El P. Bernard destaca la dimensión afectiva de la fe, que impregna a toda la persona. Por la fe, el corazón se adhiere al Dios Salvador; por la esperanza, se prolonga la relación personal con Dios, manteniendo vivo el deseo de la vida eterna; la caridad, aparece evidentemente, como el nexo de todo el movimiento afectivo, *Deus caritas est*.

Hay una región de la conciencia que, contra la dispersión, constituye el centro del sentido que informa la conducta humana. La repercusión afectiva señala a la conciencia la presencia de la pulsión

<sup>29</sup> Cf. MARTÍN VELASCO, J., *El fenómeno místico. Estudio comparado*, Trotta, Madrid 1999, p. 36.

<sup>30</sup> BERNARD, CH. A., *Teologia affettiva*, Paoline, Milano 1985.

y provoca una decisión de rechazo o de asunción con respecto al proyecto ético personal.

El ejercicio de la fe viva pone de manifiesto no un discurso abstracto sino la percepción de una vida humana-divina, que parte del Evangelio y participa del espacio afectivo de toda percepción. Si admitimos la existencia de un nivel afectivo propiamente espiritual, especialmente en el orden de las virtudes teologales, la perspectiva teológica cristiana amplía su riqueza pedagógica en la unificación afectiva. Es toda la persona la que ha de volverse a Dios y, lo primero de todo su corazón. La gracia no suprime la naturaleza sino que la eleva a perfección.

Por eso, la moral cristiana no es una moral del deber, en el sentido kantiano del término; es decir, del deber admitido asépticamente desde la capacidad racional, sino que, para el cristiano, es la caridad el motivo fundamental de cualquier proyecto moral y espiritual. La moción del Espíritu Santo, en unos casos opera reforzando el sentimiento espiritual, acrecentando el fervor; en otros supuestos, la moción afectiva se orienta a una realización concreta, por ejemplo, de una vocación.

La experiencia de fe no es una especulación, a partir de un contenido ideológico; es una adhesión a un Misterio de amor que provoca en la persona una respuesta también de amor. Se trata de una unión de amor que procede de la esfera divina y que, por ello, tiende al infinito.

### 3. LOS SENTIMIENYOS DE LA FE VIVA EN *LLAMA*

#### 3.1. *La simbología afectiva*

La dificultad expresiva que supone comunicar la realidad inefable de la experiencia de Dios, hace que San Juan de la Cruz recurra a símbolos e imágenes que traducen la experiencia amorosa y gozosa entre Dios y el alma y que, por tratarse de sentimientos intensos y profundos, necesitan el vehículo del lenguaje metafórico-afectivo que es más abierto que el mero concepto o discurso cerrado.

Todo el poema de *Llama* está lleno de imágenes, símbolos y expresiones metafóricas que comunican el sentimiento amoroso, tanto en su vertiente más fuerte y pasional, como en la más suave y tierna. El Espíritu Santo actúa fuerte y suavemente. Según lo dicho, la simbología de *Llama* podría clasificarse en tres conjuntos:

- a) Los símbolos del Amado.
- b) La simbología de los sentimientos fuertes.
- c) La simbología de los sentimientos suaves.

a) Los símbolos del Amado

El principal y que da nombre al poema es el de la *llama*, que representa al Espíritu Santo. La llama da idea del carácter dinámico y ardiente del amor de Dios y se engloba en un símbolo más general como es el del fuego, que simboliza la capacidad unitiva, así como la luz y el calor que proporciona el amor de Dios. Otra característica del fuego es su capacidad para fundir y transformar la materia sobre la que actúa.

El segundo símbolo del Amado es el *cauterio*, correspondiente, asimismo, a la acción del Espíritu Santo. El cauterio se encarga de purificar el alma e impide que se propaguen sus males. Esto supone una función activa del Espíritu y una función pasiva del alma cauterizada. En el aspecto afectivo, el cauterio expresa un tipo de amor más ardiente y cualificado, a veces doloroso por su intensidad. La *mano* o el Padre es la portadora de todo bien. Es fuerte y piadosa a la vez. Es la mano que, por amor, nos acerca a su Hijo y nos lo entrega para la salvación de la humanidad, por eso es la mano misericordiosa. El *toque* es el Hijo. Es un toque delicado, poseedor de un amor tierno y suave; humanamente sensible por su Encarnación. Las *lámparas de fuego* son el Esposo. El simbolismo nupcial quiere dar idea de la íntima unión entre Dios y el alma. En las lámparas, más que el calor, lo que predomina es la iluminación. La luz o conocimiento que aportan las lámparas es de tipo amoroso. El conocimiento es amoroso y el calor es calor de amor.

## b) La simbología de los sentimientos fuertes

Una de las características que más cualifican a los sentimientos y a las emociones es su intensidad. San Juan de la Cruz usa las siguientes expresiones metafóricas: la *herida tierna*, la *llaga regalada*, los *resplandores*, el *romper la tela*. Tanto la herida tierna como la llaga regalada contraponen la sensación dolorosa de la herida y de la llaga, respectivamente, que produce el amor divino con la compensación de la ternura amorosa de Dios.

Los resplandores de las lámparas de fuego son las noticias amorosas de los atributos de Dios. El hecho de querer romper la tela para el encuentro indica las prisas del alma por alcanzar la plenitud de unión.

## c) La simbología de los sentimientos suaves

Los sentimientos se tornan suaves cuando los recibe ya el alma de forma pasiva por la acción del Espíritu Santo. Se produce entonces: el *dulce encuentro*, el *gusto a vida eterna*, el *sentirse pagado de toda deuda*, los *extraños primores*, el *recuerdo manso y amoroso* y el *aspirar sabroso*.

Todos ellos son sentimientos que se prolongan en el tiempo por el recuerdo de la experiencia del amor de Dios y la, todavía, búsqueda de la unión plena con Él. Este tipo de sentimientos proporcionan una honda satisfacción, hasta tal punto que tienen sabor a vida eterna y el alma se siente pagada de cualquier sufrimiento anterior.

Además de la intensidad, existen otras dimensiones que sirven de clasificación para los afectos. La dimensión *temporal* está presente en *Llama* en sus tres momentos: pasado, presente y futuro. Asimismo, los sentimientos y emociones comportan una dimensión *evaluativa* o valorativa. Y, por último, existen unas *motivaciones* sentimentales que abarcan inclinaciones, tendencias y deseos. Un rasgo a destacar en este análisis de *Llama* es el hecho de que todos los sentimientos que aparecen en el poema son de signo positivo, tales como la confianza, el ánimo, la sorpresa, la admiración, la

alegría o el amor. Esta clasificación afectiva y su correspondiente descripción pueden consultarse en el estudio que hemos citado más arriba.

### 3.1. *Los sentimientos básicos*

El centro de la *Llama* es el amor, lo mismo que el centro del alma es Dios. Es tan importante el amor de Dios, que es el principio ontológico de la comunión amorosa entre el Padre y el Hijo, el que nos habla del Misterio de Dios de un modo más real. Es decir, que en Dios lo más específico no es el Ser sino el Amor. El Espíritu Santo es la Caridad o Amor de Dios que une al Padre con el Hijo.

La Caridad que muestra la *Llama* es un amor de amistad, un amor interpersonal que tiende a la unión. La bondad de Dios es lo que lo hace tan amable. Cuando la gracia infunde noticias amorosas de Dios en el alma, la alumbra y da calor y le comunica los dones del Espíritu Santo, porque la Caridad es la causa y el medio por donde se comunica. Por la Caridad, la voluntad se orienta a Dios y se libera de las ataduras que le tenían sujeta a las criaturas. El origen de la Caridad es el Amor de Dios y hacia él tiende como culminación, en reciprocidad de Amor entre Dios y el alma; lo que se ha dado en llamar *matrimonio espiritual*, en el que hay, dice San Juan de la Cruz, comunicación de personas y unión.

En esta relación entre Dios y el alma hay «igualdad» de amor, ausencia de temor, fortaleza, fragancia de las virtudes divinas y el resplandor del oro de la Caridad.

Por otro lado, si el fin último del ser humano es la participación en la vida trinitaria por medio del Amor, la consecución de este bien hace que la persona alcance la felicidad. Fácilmente podemos constatar que, en principio, todos somos libres para poder elegir entre distintos modos de actuación o maneras de conducirnos por la vida; sin embargo, no somos libres ante el deseo de felicidad, pues todos, desde el fondo de nuestro corazón, queremos ser felices. Aunque, eso sí, podemos probar por diversos caminos.

La posesión del objeto amado es lo que nos proporciona felicidad, porque del amor se deriva la alegría. De la relación de amor

entre Dios y el alma se deriva el deleite —tanto el humano como el divino—. San Juan de la Cruz<sup>31</sup> cita las palabras de la Sagrada Escritura en las que se afirma que el deleite de Dios consiste en estar con las personas.

Por su parte, el gozo del alma en la unión con Dios proviene del dominio de las pasiones, lo que da lugar a la armonía y a la reordenación de los sentidos y de las potencias del alma o, lo que es lo mismo, a la reconversión teologal que consiste en el cambio de las pasiones —antes dispersas— que expresan ahora el amor apasionado, a la vez que centrado y suscitado por Dios. Es Dios mismo quien cautiva la voluntad para juntar el alma consigo; puesto que gozar una cosa es poseerla y disfrutarla.

El alma aquí no se goza en nada que no sea Dios. La consecuencia de la santidad es la felicidad; santidad que se corresponde a una exigencia del amor.

Puede parecer que, después de hablar del amor y del gozo, en *Llama* no existiría ya ningún otro sentimiento que los iguale, ni en intensidad ni en prioridad. Sin embargo, reconoceremos con Santo Tomás de Aquino<sup>32</sup> que *la perfección del gozo es la paz*. Paz que Santo Tomás relaciona con la Caridad.

Considero que el motivo por el que la paz supera al gozo *a secas* es porque el gozo alude a sentimientos de alegría o de felicidad que no están siempre al alcance de las personas, debido a las múltiples circunstancias que pueden hacer variar el sentimiento de júbilo o contento. En cambio, la paz es un sentimiento que fluye independientemente del estado de ánimo de las personas, de tal manera que alguien puede sentir a un tiempo paz y tristeza o melancolía.

Si en el gozo hay un predominio activo del sujeto, en la paz predomina el polo pasivo. Es el don del Señor Resucitado, que ofrece *su paz*; por eso la contemplación pura consiste en recibir. Dios unge al alma contemplativa con unción muy delgada de noticia amorosa y pacífica, dirá San Juan de la Cruz.

<sup>31</sup> Cf. L 1,8. La cita es del Libro de los Proverbios 8, 30-31.

<sup>32</sup> Citado por MARINA, J. A. y LÓPEZ PENAS, M., *Diccionario de los sentimientos*, Anagrama, Barcelona 1999, p. 108.

En la cuarta canción de *Llama*, el recuerdo que hace Dios al alma es manso y amoroso, es espiración del Espíritu Santo, es el Amor de Dios que comunica el gozo y, sobre todo, la paz.

#### 4. CONCLUSIONES

Vivimos, en la época actual, tremendas contradicciones. Por un lado, reconocemos la importancia de la afectividad, no sólo para las relaciones humanas sino también en el ámbito del conocimiento; por otro lado, sufrimos una crisis afectiva a todos los niveles. Las relaciones interpersonales frecuentemente se ven alteradas por una educación afectiva deficiente.

¿Qué aporta la fe a esta dimensión afectiva de la vida humana? ¿Qué tipo de teología precisa la sociedad actual? ¿Cómo podemos enfocar una pedagogía de la fe que eduque la afectividad? ¿Qué extraemos de la experiencia mística de San Juan de la Cruz?

Las convicciones a las que hemos llegado en nuestro estudio las resumimos en cuatro y las exponemos a continuación.

##### 4.1. *El reconocimiento de la importancia de la afectividad muestra la insuficiencia de la razón para dar respuestas adecuadas al misterio del ser humano*

A lo largo de estas páginas hemos podido constatar cómo en diversos campos —filosófico, científico, antropológico, psicológico— se pone de relieve la importancia de la afectividad en orden al comportamiento y al conocimiento humanos.

Las reacciones humanas ante los diversos estímulos se producen, en muchas ocasiones, motivadas por la mente emocional que evalúa los hechos más rápidamente que la mente racional. Esto significa que solemos actuar de una manera intuitiva, anterior a la reflexión racional. Y ello porque la región emocional del cerebro es el sustrato en el que creció y se desarrolló nuestro nuevo cerebro pensante, por lo que sigue muy vinculada a ella por un gran número de circuitos neuronales. Es por esto por lo que los centros de emo-

ción tienen un gran poder para influir en el funcionamiento global del cerebro, en el que se incluyen los centros del pensamiento. En definitiva, podemos decir que los centros superiores del cerebro no gobiernan la totalidad de la vida emocional puesto que, en los asuntos decisivos de la persona y sobre todo en situaciones emocionalmente críticas, delegan su cometido al *corazón*.

De entre todos los sentimientos, el que reporta mayor energía y fuerza creadora a las personas es el amor. Las reacciones ante los diversos acontecimientos, si se trazan desde el amor, son muy diversas del modo de actuar que procede de otros sentimientos inferiores o de sentimientos de signo negativo. El amor agranda y enaltece al otro, hace que impulsemos el desarrollo vital del ser amado, con lo que potenciamos la consecución de su fin último. El amor ennoblece lo que toca, lo sublima, lo trasciende. El amor genera apertura e interioridad, relación de comunión, superación de barreras de espacio y de tiempo.

Los afectos nos conducen a la acción. Pueden darse en diversos grados de intensidad; a los que son más intensos pero breves y con manifestaciones exteriores, los hemos llamado *emociones* y nos sirven para reaccionar o defendernos ante los diversos estímulos que se nos presentan y son, por lo tanto más fugaces; a los que abarcan todo el ser y se prolongan en el tiempo, los hemos llamado *sentimientos* y son los que más nos interesan aquí, porque son los que nos enriquecen, tanto en las relaciones con los demás como con nosotros mismos, proporcionándonos energía positiva para vivir.

Los sentimientos, por tanto, nos estimulan y nos motivan, por lo que son fuerzas activas que nos liberan, si se trata de sentimientos positivos, y nos atan y envilecen, si nos dejamos atrapar por sentimientos de signo negativo. En este sentido, los sentimientos son impulsos, inclinaciones, tendencias o deseos. Por otro lado, los sentimientos también constituyen los estados afectivos o humores. De entre estos estados afectivos, el más perseguido por los seres humanos es el de la felicidad, que se suele relacionar con el amor y nace de la consecución del deseo, porque es posesión o presencia de un bien.

Otro de los sentimientos positivos que se relacionan con la felicidad es la paz (serenidad, placidez) que, según Santo Tomás de

Aquino<sup>33</sup>, es la tranquilidad del orden. La paz no es una virtud sino el efecto de una virtud denominada *caridad*. La caridad produce el gozo cuya perfección es la paz.

En resumen, podemos decir que la afectividad ensancha el horizonte de la persona y le da plenitud humana.

#### 4.2. *Si prescindimos de la afectividad, deformamos la fe*

Interesa a la teología<sup>34</sup> resaltar que es toda la persona la que ha de volverse a Dios, comenzando por el *corazón*, como atestiguan las Sagradas Escrituras. En todo el Antiguo Testamento los profetas hablan del verdadero culto a Dios y de la superficialidad e ineficacia del culto vacío; en el Nuevo Testamento la caridad —hacia Dios y hacia los hermanos— es el único mandamiento de Jesús y se ejercita según el programa de las bienaventuranzas.

La fe, que *actúa por la caridad*, es sólida, viva; coopera con la acción de Dios de manera activa y no se reduce ni limita su acción al terreno de lo natural porque se ve engrandecida por la gracia de Dios, que se sitúa en el terreno de lo sobrenatural.

En lo que se refiere a la educación de la afectividad, el Cardenal Poupard, al inaugurar el curso académico 2001/02 en la Universidad Católica San Antonio, propone a la Universidad que ésta debe enseñar a amar porque el ser humano sólo se realiza en la donación de su vida desde la libertad<sup>35</sup>. Poupard sitúa la cuna de la pedagogía del amor en la familia y sugiere que debe continuarse en los Centros de Formación, pero no como algo añadido sino como algo central de la formación de las personas, desde la concepción antropológica cristiana.

<sup>33</sup> *Ibíd.*

<sup>34</sup> Sobre la importancia de la afectividad en la teología véase, BERNARD, CH. A., *Teologia affettiva*, Paoline, Milano 1985; POUPARD, P., «Inteligencia y afecto. Notas para una paideia cristiana»: *Cristianismo, Universidad y Cultura*, núm. 3, Conferencia Episcopal Española, En-Jun 2001, 13-25; ROCHETTE, C., *Teología de la ternura. Un evangelio por descubrir*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2001.

<sup>35</sup> Cf. POUPARD, P., *o.c.*, pp. 20 ss.

La verdad y el amor no se oponen, ya que la verdad precisa del amor para no convertirse en una dictadura y el amor necesita de la verdad para huir de la tiranía del engaño.

Si atendemos al lado práctico del asunto que nos ocupa, nos fijaremos ahora en la pedagogía de la fe. Juan Pablo II nos recuerda que la transmisión de la fe es obra del Espíritu Santo: «*La catequesis, que es crecimiento en la fe y maduración de la vida cristiana hacia la plenitud, es por consiguiente una obra del Espíritu Santo, obra que sólo El puede suscitar y alimentar en la Iglesia*»<sup>36</sup>. Igualmente San Juan de la Cruz califica al Espíritu Santo como el principal agente y guía de las almas en el camino hacia la perfección<sup>37</sup>.

La importancia de la pedagogía de la fe radica en que la Iglesia lo que comunica no es un saber humano sino que comunica en su integridad la Revelación de Dios<sup>38</sup>. De modo que, mediante la catequesis, se profundiza en el *kerygma* evangélico o primer anuncio lleno de ardor de la comunidad primitiva. Para que las personas puedan, guiadas por la fe, que es don del Espíritu, llegar a contemplar y gustar al Dios del amor, que en Cristo ha revelado las riquezas de su gloria<sup>39</sup>. Es el Espíritu Santo el que actúa en todo cristiano para que crezca en la fe y hace que la catequesis sea una pedagogía que «*encuentra tanto su fuerza de verdad como su compromiso permanente de dar testimonio en el inagotable amor divino que es el Espíritu Santo, ya que ese amor de Dios es la razón última de su revelación*»<sup>40</sup>.

Juan Pablo II, al referirse a la *pedagogía de la santidad*, en su Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*, destaca la importancia de la oración en las comunidades cristianas, pero de una oración que se califique por la alabanza y viveza de afecto hasta el arrebató del corazón. En sus propias palabras: «*Una oración intensa, pues, que sin embargo no aparta del compromiso en la historia: abriendo el corazón al amor de Dios, lo abre también al amor de los hermanos, y nos hace capaces de construir la historia según el diseño de*

<sup>36</sup> *Catechesi Tradendae*, núm. 72.

<sup>37</sup> Cf. L 3,46.

<sup>38</sup> Cf. *Catechesi Tradendae*, núm. 58.

<sup>39</sup> Cf. *Directorio General para la Catequesis* (1997) n° 45.

<sup>40</sup> *Ibíd.*, núm. 143.

Dios»<sup>41</sup>. Para todo lo cual, tal como nos recuerda el número 55 del *Directorio General para la Catequesis* (1997), tomamos como ejemplo a la Virgen María, la madre de Dios, que es la criatura que ha sido capaz de vivir de manera más perfecta estas dimensiones de la fe, por lo que la Iglesia venera en ella la realización más pura de la misma.

#### 4.3. *La fe en Dios-Amor nos iguala a todas las personas desde la capacidad afectiva*

«En Dios no hay acepción de personas» (Gal 2,6). Para Dios todas las personas son amables y todos tienen, en principio, la misma capacidad para amar. Esta universalidad de la capacidad para dar y para recibir amor es lo que hace que Dios, en su infinita justicia y, más aún, en su infinita misericordia, nos pida lo que nos da a manos llenas.

En lo que se refiere a las capacidades intelectivas, existen notables diferencias entre las personas, así como en las diversas habilidades humanas y en los varios carismas; en cambio, todos somos capaces de amar porque hemos sido creados por amor y para amar. Incluso aquellas personas que no son capaces de expresar sentimientos, los denominados *alexitmicos*, mantienen dichos sentimientos. Como dice Santa Teresa de Jesús, «*Algunos he topado que les parece está todo el negocio en el pensamiento... Mas hase de entender que no todas las imaginaciones son hábiles de su natural para esto, mas todas las almas lo son para amar*»<sup>42</sup>.

De lo dicho se deduce que si Dios nos pide amor es porque el amor es el fundamento de la santidad a la que todos estamos llamados; es decir, que hay una estrecha relación entre santidad y caridad. Jesucristo nos libera del pecado para amar. Crecer en el seguimiento de Jesús es aprender a amar. La palabra *santo* indica, en su sentido ontológico, algo extraño o lo separado. Sin embargo, aunque Dios es *el Santo* y la fuente de toda santidad, esta santidad de Dios es de

<sup>41</sup> *Novo Millennio Ineunte*, núm. 33.

<sup>42</sup> S. TERESA DE JESÚS, *Obras Completas. Libro de las Fundaciones* 5, 2. EDE, Madrid 1963.

tipo relacional<sup>43</sup>. Así, en su sentido moral, decir que Dios es *santo* significa lo mismo que decir que Dios es Amor<sup>44</sup> ya que según afirma Häring, «*la santidad es un llamamiento a amar y a amar juntos, un llamamiento a la unidad, a la solidaridad. Una de las más antiguas oraciones eucarísticas en la liturgia oriental termina todas las invocaciones con la siguiente petición de unidad: Señor, haznos uno, llévanos a la santidad*»<sup>45</sup>.

Entre todos los valores, existe una Persona-valor que es Cristo por el que nos percatamos de que todos los demás valores son mensajes de amor que nos invitan amar de manera recíproca.

#### 4.4. *La comunión de amor entre Dios y el alma, por la fe, transforma y plenifica a la persona*

En *Llama*, San Juan de la Cruz trata predominantemente de lo que constituye la vocación última del ser humano, que es Dios, vivido en comunión de amor teologal, por medio de la fe y con un horizonte de esperanza.

El Espíritu Santo es el que se encarga de realizar la unión efectiva mediante la transformación del alma en Dios, para lo cual es preciso superar la relación superficial entre Dios y el alma para que exista una máxima comunicación y comunión interpersonal —en la medida en que es posible en esta vida, es decir, desde la fe—.

La unión del alma con Dios supone la superación de toda mediación externa, comunicándose Dios mismo en lo más íntimo de su misterio de amor y constituyendo esta comunicación de Dios el fin último de la persona.

En el camino de la fe, que conduce a la unión con Dios, es preciso purificar el alma de las adherencias de las criaturas, mediante un proceso gradual, para centrarla en Dios. En este dinamismo unitivo, tienen gran importancia los sentimientos y, entre ellos, de manera especial el amor, tanto divino como humano, ya que la

<sup>43</sup> Cf. RUIZ SALVADOR, F., *Caminos del Espíritu*, EDE, 5.ª ed., Madrid 1998, p. 287.

<sup>44</sup> Cf. HÄRING, B., *La moral y la persona*, Herder, Barcelona 1973, p. 71.

<sup>45</sup> *Ibid.*

unión ha de realizarse por la Caridad. Esta unión, por lo tanto, está en relación directa con el amor: a mayor amor, mayor grado de unión, puesto que se produce la transformación del alma en Dios cuando hay semejanza de amor; es decir, cuando la voluntad humana está más conforme a la voluntad divina.

Los afectos tienen su raíz en la voluntad, pues de ella nacen y en ella convergen todas las energías del ser humano. Los sentimientos positivos se generan como respuestas a algún bien que percibimos. En el caso concreto de poner el afecto en Dios, manifiesta la persona su acierto pleno, por ser Dios el Sumo-Bien. Fuera de la orientación teologal, la afectividad humana se dispersa, se descentra y esto afecta negativamente a la realización de la persona. Por eso, en *Llama*, tras producirse la purificación del alma, no perduran sentimientos de carácter negativo, sino que abundan sentimientos placenteros como resultado de la situación de la persona que disfruta de la inhabitación trinitaria.

En el proceso purificativo, la renovación y la transformación de la afectividad humana dan lugar a la maduración de la persona, y no sólo en lo natural sino también en el plano sobrenatural, debido a la acción del Espíritu Santo: *«Y la voluntad... ahora ya se ha trocado en vida de amor divino, porque ama altamente con afecto divino, movida por la fuerza y la virtud del Espíritu Santo, en que ya vive vida de amor»*<sup>46</sup>.

La presencia de Dios en la unión no es una presencia de mera asistencia, sino que es presencia afectiva que lleva al ser humano a la respuesta consciente, libre y comprometida ante Dios. La presencia de amor es la que produce gozo en el alma y es activa porque se mantiene por el ejercicio de amor, a la vez que es pasiva porque es obra del Espíritu Santo.

La fe y el amor aportan la luz y el calor necesarios para descubrir la presencia del Amado y para que sea El sólo quien more en el alma. Esta presencia llega a ser plenitud de presencia —en lo que es posible en esta vida mortal— cuando la vida teologal se despliega en vida trinitaria que se traduce en la inserción de la persona en el seno de la Trinidad y en su actuar en consecuencia.

<sup>46</sup> L 2,34.

Los sentimientos actúan como fuerzas que impulsan a actuar en una determinada dirección y, si son sentimientos positivos, como ocurre en *Llama*, conducen a la persona a alcanzar su fin último.

Es importante para la vida afectiva la dimensión temporal de los sentimientos. La memoria de los hechos pasados, el recuerdo, genera gratitud, como si se tratara de una toma de conciencia que actualiza lo ya ocurrido y aviva el fuego del amor.

En la vida afectiva sana, que es la del alma en la unión, se ha superado el miedo, se incrementa la energía vital, se percibe el bien desde el incentivo natural de lo *siempre nuevo*, se disfruta del gozo y de la paz que conlleva el amor de Dios, porque se trata de la aspiración/espíración «*llena de bien y gloria y delicado amor de Dios*»<sup>47</sup>.

<sup>47</sup> L 4,17.